

VINDONNUS

REVISTA DE PATRIMONIO CULTURAL DE LENA

Revista de padremuñu cultural de Llena

Una historia (diferente) de la alta montaña asturiana. Nuevos datos arqueológicos procedentes de las sierras de La Sobia (Teverga) y Las Ubiñas (Lena) | Pintaius, signifer astur en Germania. Revisión de su origen y contexto militar | El trabayu social na documentación y tresmisión de la cultura tradicional. Los Nabos del Conceyón: de Carraluz a Turón | Alexander Wetmore en el Puerto de Payares (1930). Observaciones del paisaje natural y cultural de la Cordillera Cantábrica

NA COREXA. DEL PIZARRÍN AL PUNTERO. TESTIMONIOS Y EXPERIENCIAS DE LA ESCUELA RURAL EN LENA | EL HOTEL VALGRANDE. ESTABLECIMIENTO PRECURSOR DEL TURISMO EN LENA | MARIANTONIA SALOMÉ. ANOTACIONES PARA UNA BIOGRAFÍA ARTÍSTICA | LA IGLESIA DE SAN PEDRO DE XOMEZANA RIBA. NOTAS HISTÓRICO-ARTÍSTICAS PARA UN RECORRIDO FOTOGRÁFICO | APUNTES SOBRE LA CULTURA DE LA SIDRA EN EL CONCEJO DE LENA



ÍNDICE

-5- **Presentación / Entamu**

ARTÍCULOS

- 4- **Una historia (diferente) de la alta montaña asturiana**
Nuevos datos arqueológicos procedentes de las sierras de La Sobia (Teverga) y Las Ubiñas (Lena)
Alfonso Fanjul Peraza, Ben Krause-Kiora, David Suárez Rey, Alvar Martiño Sánchez, Alfonso Sánchez Pozo
- 20- **Pintaius, signifer astur en Germania**
Revisión de su origen y contexto militar
Jorge Oca Palacios
- 34- **El trabayu social na documentación y tresmisión de la cultura tradicional**
Los Nabos del Conceyón: de Carraluz a Turón
Enedina García Durán
- 46- **Alexander Wetmore en el Puerto de Payares (1930)**
Observaciones del paisaje natural y cultural de la Cordillera Cantábrica
David Ordóñez Castañón

NA COREXA

- 70- **Del pizarrín al puntero**
Testimonios y experiencias de la escuela rural en Lena
Isabel Suárez Álvarez
- 80- **El hotel Valgrande**
Establecimiento precursor del turismo en Lena
Miguel Infanzón González
- 90- **Mariantonia Salomé**
Anotaciones para una biografía artística
José Fernández Fernández
- 104- **La iglesia de San Pedro de Xomezana Riba**
Notas histórico-artísticas para un recorrido fotográfico
Fernando Álvarez Estrada, Camilo Alonso
- 112- **Apuntes sobre la cultura de la sidra en el concejo de Lena**
Manuel E. Gutiérrez Busto
- 122- **LA ASOCIACIÓN**

Colaboran:





Testimonios y experiencias de la escuela rural en Lena DEL PIZARRÍN AL PUNTERO

Isabel Suárez Álvarez

El tema del artículo se centra en la escuela rural de Lena, en los cambios experimentados durante las últimas décadas, las diferencias respecto a los centros urbanos, los métodos educativos y la vida cotidiana en el aula. El objetivo es homenajear a esas escuelas y a esos maestros y maestras que hicieron posible que la mayoría de los críos de pueblo aprendieran, al menos, a leer y escribir. Mal que bien, las nuevas generaciones se fueron alfabetizando... En el concejo de Lena, la escuela rural prevalecía en número sobre las escuelas de la villa, cuando la vida discurría en las aldeas y la tasa de natalidad era elevada. Por ello, aunque no se pudiera considerar que reunían las condiciones mínimas necesarias para impartir clases, el tributo que se les debe es de máxima importancia. El enfoque se centra en mi propia experiencia, así como en recuerdos y testimonios transmitidos por otras personas, familiares, antiguos alumnos o colegas de profesión. Estas voces permiten reconstruir la historia de escuelas como la de Armá, San Feliz, Zurea y Villayana, abriendo una reflexión sobre el papel de estos centros, patrimonio nuestro, comunitario, en el presente y de cara al futuro.



Figura 1.

Escolinas de La Vega'l Ciigu.

1. MI EXPERIENCIA COMO MAESTRA RURAL

Mi experiencia como maestra de escuela rural no discurrió en el concejo de Lena, sino en el occidente asturiano, donde desarrollé mi labor docente en un contexto educativo profundamente ligado al lugar. En el curso 2000-2001 me encontré en el Colegio Rural Agrupado (CRA) de Illano-Sarceda, donde enseñé francés a niñas y niños de 1º y 2º de la ESO (Educación Secundaria Obligatoria). El alumnado acudía cada mañana en transporte escolar desde aldeas dispersas: Carbayal, Entreríos y El Pato. Estas pequeñas aldeas, ya sin escuela, se agrupaban en las todavía abiertas: Pastur, Sarceda, Villar de Bullaso, Sarzol y Herías. Todas unitarias, es decir, distintas edades compartían un único espacio. Los claustros se celebraban en la escuela de Cedemonio, por entonces ya cerrada como tal. Las clases se impartían en grupos muy reducidos como aquel, de nueve estudiantes, todos hijos de ganaderos o agricultores que vivían de la venta de carne, leche, patatas o fabas.

Al año siguiente, me tocó el CRA de Occidente: Taramundi y San Tirso de Abres. Dieciséis alumnos en Taramundi y doce en San Tirso, con edades comprendidas entre los tres y los doce años. Ambos centros, aunque distaban veintidós kilómetros entre sí, contaban con un solo director, jefe de estudios y secretaria, y compartían maestros especialistas en inglés, educación artística, educación física y religión. En cada escuela las tutorías eran independientes, asumiendo el trabajo de tutor la maestra de lengua y matemáticas. Allí, impartí además de francés y apoyo en lengua. También impartí tecnología al alumnado de 1º y 2º de ESO. Tenía jornada completa. En un mismo centro se juntaban Educación Infantil, Primaria y los dos primeros cursos de Secundaria.

En ese momento, todas las escuelas ya disponían de material didáctico actualizado: ordenadores, proyectores, etc. Incluso acceso a Internet, aunque con baja cobertura, lo que dificultaba en ocasiones la conexión. El contexto social y económico era similar al de Illano, si bien enriquecido gracias a la existencia de la artesanía local, su tradicional cuchillería, y a la aparición del turismo rural, que incidía en una cierta apertura de la mentalidad de la población, más sociable y abierta.

De aquellos años guardo un recuerdo imborrable, en el que me gustaría extenderme, pero esa es otra historia... Sí quisiera destacar cuánto me asombraba ver cómo chicos tan jóvenes manejaban todo tipo de maquinaria, segadoras, empacadoras o tractores; desplazándose en las distancias cortas, en varios casos, en pequeñas motocicletas, aunque por su edad no debían disponer de la autorización pertinente; eso sí, con el beneplácito de sus padres, que lo encontraban totalmente normal.

Casualmente, fue en el occidente asturiano, en la escuela de Illano, donde ya me jubilé. Estuve allí desde 2019 hasta 2022, de maestra, tutora, secretaria, jefa de estudios y directora. Nueve alumnos de todas las edades, de tres a doce años, algunos de Nicaragua. Se adecentó la escuela, que estaba muy deteriorada. Se organizaron salidas y excursiones, incluso una de fin de curso con todos los alumnos; como de sexto solo había dos, se me autorizó a llevarlos a todos, excepto a los más pequeños de Infantil.

Uno de mis alumnos destacaba por su increíble creatividad, demostrando que aislamiento no es sinónimo de atraso; por el contrario, a veces menos estímulos del exterior o



Figuras 2.

Escuela de Illano, pintada. | Antigua escuela de Sarzol. | Antigua escuela de Pastur.

cierto aburrimiento pueden potenciar el impulso creativo. Tenía unas destrezas manipulativas y de inventiva con las que, en más de una ocasión, resolvió problemas técnicos que yo no era capaz de solucionar.

La diferencia sustancial entre la pedagogía de una escuela rural y una escuela urbana quizás radica en la mayor atención personalizada hacia el alumno, por ser menos

numerosos, y en el contacto cercano con las familias. Este contacto diario permite crear un nexo fundamental.

Son estas vivencias como maestra rural las que me inspiran a hablar sobre las escuelas rurales de nuestro concejo. Sobre esas escuelas que fueron y ya no son; aquellas que fueron y ahora sirven para otros usos, y las poquísimas que aún se utilizan como centros educativos.

2. UN REPASO A LAS ESCUELAS RURALES EN LENA

En la primera década del siglo pasado, el concejo de Lena llegó a contar con treinta y cinco escuelas, repartidas por los distintos pueblos y aldeas. Se trataba de escuelas muy precarias, algunas de las cuales fueron mejorándose con el tiempo, aunque la mayoría de ellas nunca llegaron a reunir condiciones higiénicas adecuadas, ni de mobiliario o de material escolar. Lo que sí abundaban eran escolares y, cuando ya progresaron algo estas instalaciones, empezó a escasear el alumnado, debido al éxodo de la población a núcleos urbanos y a la disminución de la natalidad.

Según información municipal, estos son los pueblos del concejo de Lena donde el edificio de la escuela todavía sigue en pie: Armá, Güel.les, Campumanes, Carabanzo, Casorvía, Columbiello, Congostinas, Espineo, Felgueras, Xomezana Riba, La Ilesia, Chanos de Somerón, Muñón

Cimiru, Payares, Palaciós-Piedracea, Piñera Baxo, Retruyés, Rospaso, San Feliz, Teyeo y los Pontones, Tiós, Tuiza Baxo-Tuiza Riba, La Vega'l Ciigu, La Vega'l Rei, Vil. layana, Zurea.

Varios de estos edificios se encuentran cerrados, otros se utilizan como centros sociales y solo un par de ellas siguen impartiendo clases. Entre las antiguas escuelas reutilizadas como locales vecinales se encuentran las de Armá, Palaciós-Piedracea, Carabanzo, Piñera Baxo y Chanos de Somerón. La escuela de Columbiello es albergue y puntualmente residencia de artistas. La de Villayana es biblioteca municipal. Únicamente permanecen activas como centros de Infantil y Primaria las escuelas de Campumanes y Zurea.

3. LA ESCUELA DE ARMÁ

Empezaré hablando de mi *escuelina*, la escuela de Armá la que me resulta más familiar, porque ahí fui yo de *nena*. Escuela a la que, años antes, también fue mi hermana; escuela que estrenó mi padre y donde, años después, él mismo puso algo de clase, como sustituto temporal y voluntario.

Armá es un lugar del valle del Naredo, situado a cinco kilómetros de La Pola, subiendo la carretera que va hacia Quirós. Hoy está prácticamente deshabitado; en otros tiempos, el lugar llegó a contar con unos sesenta habitantes. Unas seis familias aportaban cada una unos cuantos críos, a veces hasta media docena o más.



Figuras 3.

Antiguas escuelas de Samiguel del Río. | Antiguas escuelas de Chanos de Somerón, reconvertidas y ampliadas como centro social. | Escuelas de Zurea, en activo.

La escuela se inauguró hacia los años 20 del siglo pasado, construida con la colaboración vecinal, sobre un terreno cedido por el ingeniero Vicente González-Regueral (en Lena conocido como marqués de Regueral). Un edificio sencillísimo, con muros de piedra, de planta baja y techo a dos aguas. Un único espacio corrido hacía las veces de aula. Como una cuadra, pero sin pajar y con chimenea. Ni que decir tiene que los métodos pedagógicos empleados, tanto en las décadas de los años 20 o 30 (cuando la generación de mi padre), como en los años de posguerra (cuando la de mi hermana), o incluso a principios de los 60 (cuando le tocó a la mía) poco o nada tienen que ver con los aplicados a partir de los años 80.

3.1. Contaba Manuel...

Mi padre, Manuel Suárez García, nació el 11 de noviembre de 1919. Debió de empezar a ir a escuela sobre los seis años y estuvo hasta los once. Persona muy amiga de recrear anécdotas —como de sobra sabrán quienes lo hayan conocido o tratado—, gran parte de su repertorio versaba sobre sus años de escolino. Recuerdo que él nos contaba cuánto sus padres se esforzaban en mandarlo a escuela y procuraban que no perdiera muchos días, a no ser cuando él les hacía mucha falta en las labores del campo. Por tanto, no siempre asistía de manera regular.

En cuanto comenzaba la temporada de sembrar o si tocaba ir a *curiar la vecera* (tarea por turnos vecinales que consiste en encargarse de pastorear todas las ovejas del pueblo, agrupadas en un solo rebaño) dejaba de asistir. Aun así, era de los más asiduos. De cada casa, iban uno o dos, nunca juntos si eran cuatro hermanos, solo asistían dos de cada vez. Se alternaban. Eran unos dieciséis alumnos, juntos *nenos* y *nenas*.

Aprendió a leer y a escribir con varios maestros. Mejor dicho, personas instruidas, aun sin ser maestros, que pasaron por la aldea a lo largo de sus años de escolar. Recordaba con especial cariño a un tal don Leonardo, estudiante de ingeniería, que recaló en Armá durante un curso. El hombre aprovechaba para estudiar, pues se estaba preparando para optar a una plaza en su especialidad. Según mi padre, fue un buen enseñante. A diferencia de otros, no practicaba el dogma imperante de «la letra con sangre entra». Además, les hablaba de otros mundos, más allá del pueblucho montaraz. Enseñaba con un solo libro, sin apenas usar libreta, más que excepcionalmente.

El padre de Manuel, mi abuelo Antón, había estado en Tucumán (Argentina) y, sin ser persona instruida, sí había conocido otras culturas. Por eso, deseaba que sus hijos aprendieran algo más allá de las «cuatro reglas». Sin embargo, su esposa, mi abuela Cilia, que había pasado su juventud de criada en Oviedo, vivió y murió analfabeta.

Mi padre solía recordar, con cierta amargura, cómo una de sus maestras lo reprendía y hasta lo castigaba con

una vara de avellano —que él mismo debía encargarse de llevar— si acentuaba su apellido Suárez, en la letra A, como corresponde, en vez de hacerlo en la U, como ella pretendía que era lo correcto... En fin, Manuel contaba mil y una aventuras de la escuela, y ¡qué bueno sería poder escuchar sus monólogos! Ya no es posible.

3.2. Recuerda Cecilia...

Cecilia, una niña dócil, empezó a ir a escuela con unos cinco años. Corría el año 1947. En esta escuela de Armá fue alumna hasta los trece años (1955). Eran una docena entre crías y críos. De su etapa escolar, recuerda a varias maestras o, como ya venía siendo costumbre desde años antes, personas más o menos instruidas. En Armá solo se quedaban un curso, nunca repetían la experiencia. Solían ser oriundas del concejo de Aller, procedentes del orfanato minero y, aunque bastante preparadas, ninguna tenía la titulación de Magisterio, excepto dos, que eran maestras tituladas: Florina Montero y Caridad Cordero. De ellas guarda muy buen recuerdo. Con Caridad hacían actividades bastante interesantes, como montar pequeñas obras de teatro, cantar canciones, preparar tinta de colores para escribir y coser fuera del aula.

Aunque, como era habitual en aquellos tiempos, también, tenían la «mano ligera» y los castigos corporales, no solo copiar interminables de frases «instructivas», se practicaban a diario. Uno de los más dolorosos consistía en ponerse de rodillas sobre el canto de las madreñas, a veces con los brazos extendidos como Jesús en la cruz, sosteniendo un par de libros, uno sobre cada palma de la mano colocada hacia arriba. Aguantar así, sin rechistar, esa incomodísima postura durante media hora. Media hora interminable. Por supuesto, sin llevar ninguna queja a casa... De nada servía: la mayoría de los padres no cuestionaban las decisiones de los maestros.

También tuvieron un maestro, Vidal, natural de León y con muy mal carácter. Por suerte, solo un curso. Guarda de él el peor de los recuerdos. Los padres no solían intervenir en la manera de enseñar de los maestros, pues «cada maestrillo tiene su librillo», decían. Pero, en cierta ocasión, estando este maestro azotando a un guaje y el padre del niño pasaba por ahí de casualidad. Al oír los gritos de su hijo, empujó la puerta y amenazó al maestro. Aquello debió de surtirle efecto porque, a partir de ese día, moderó su violencia, aunque sin mejorar su mal genio.

La escuela no tenía aseo, lo cual era normal en aquel entonces y en ese lugar, donde solo una de las casas contaba con cuarto de baño. Tampoco había electricidad, ni en la escuela, donde se arreglaban con la luz natural, ni en los hogares, donde se alumbraban con carburo. Al encender se disipaba algo de gas acetileno, un olor desagradable que Cecilia recuerda nauseabundo. En invierno pasaban muchísimo frío, sin ropa ni calzado adecuado, padecían de sabañones en manos y pies. Una

vez, la nevada alcanzó hasta los dos metros de altura y a Cecilia la transportaban sentada sobre una pala rasera a modo de trineo, por evitarle la mojadura.

El salario de las maestras debía de ser mísero, no olvidemos el conocido refrán: «pasar más hambre que un maestro de escuela». La manutención, desayuno, comida y cena, corría a cargo de las familias, por turnos. También su alojamiento. Una semana en cada casa. Y, si en la casa de turno faltaban camas, le tocaba compartir catre con la alumna. Había una maestra que no aceptaba andar de casa en casa y alquilaba un cuarto en una de las casas.

Durante el mes de mayo, mes de las flores, se rezaba cada tarde el rosario y se cantaban canciones dedicadas a la Virgen. Se adornaba su imagen con flores frescas recogidas por las alumnas. Esta figura de la Virgen aún hoy se conserva en la escuela (ahora convertida en centro social de la Asociación de Vecinos de Armá).

Las familias, dentro de sus posibilidades, colaboraban bastante, encargándose de poner un fondo común para remunerar el trabajo de los enseñantes. Además, cada año debían buscar maestra o maestro para el año siguiente. Como ya dije, los docentes raras veces reincidían o ni siquiera completaban el curso, dejando plantados a sus alumnos y a las familias, si se hartaban o conseguían otra ocupación mejor pagada.

3.3. El año en que yo fui a la *escuelina*...

Solo fui durante el curso 1960-61. Al poco cerró la escuela. Mi recuerdo de ella lo conforman unas pocas imágenes: zapatillas de cuadros, madreñas con gomas en los tacos, la piedra de la fachada, el interior de la escuela, los pupitres de madera que aún conservaban el hueco para el tintero usado en años anteriores, la estufa de hierro, el frío, la tabla cantada, la pizarra y el pizarrín.

¿A qué se le llamaba pizarra? Era una minipizarra portátil. Imaginad algo como una pizarra pequeña, de uso individual, del tamaño aproximado al de nuestras actuales *tablets*, aunque para nada digital... De «digital» solo tenía que se podía borrar lo escrito (con tiza o pizarrín) con la yema del dedo, normalmente el índice. Fabricada mediante una lámina de pizarra de color negro carbón o grafito (ni verde ni blanca), servía de soporte para escribir, dibujar o escarabajear. Enmarcado con un listón de madera, a modo de marco con los cantos ligeramente redondeados. Permitía voltearse y usar la superficie del dorso. Si tienen curiosidad, todavía se encuentran en alguna papelería o bazar.

¿Y a qué se llamaba pizarrín? Era una especie de tiza de fabricación casera que se obtenía de la pizarra u otros materiales minerales o arcillosos. Una barrita no muy dura, generalmente cilíndrica, no recubierta de madera —como lo están nuestros lápices— y al estar descubierta se partía fácilmente al calcar demasiado.

Mi pizarrín me lo fabricaba mi padre y era mucho mejor que el de los demás. Más blandito, no sonaba ni rayaba al escribir. No daba dentera. Al lado de casa, había una pared con lascas de pizarra y recuerdo ver a mi padre cómo las entresacaba.

Recuerdo que mi pequeño maletín era de madera y que conocí a dos y tres maestras, y que seríamos seis o siete en clase. Recuerdo también el cantar del mes de las flores («venid y vamos todos, con flores a María, con flores a María, que madre nuestra es») y que a catecismo, a confesarse y a comulgar se bajaba a La Pola.

Poco más recuerdo, aunque no descarto que mi breve paso por esta escuela de mi pueblo me haya ayudado a ponerme en los zapatos de mis alumnas y alumnos, de sus familias, cuando me tocó a mí enseñarles en las escuelas de sus pueblos.

4. RETAZOS DE TESTIMONIOS DE OTRAS ESCUELAS DEL CONCEJO

4.1. Memorias de la escuela rural en los pueblos de Lena

Hablando por los pueblos con personas mayores sobre las escuelas de pasadas décadas, sobre los años 40, 50 o 60, casi todos coinciden en la misma narrativa: que los maestros no solían ser titulados, sino personas medio instruidas y contratadas para el cargo, sin demasiados miramientos acerca de su valía; que se albergaban por turnos semanales en las casas familiares de los escolares. Raras veces aguantaban más de un curso escolar. A veces sí que eran titulados pendientes de destino y se largaban en cuanto lo conseguían. A menudo regresaban a sus lugares de origen, en la provincia de León, de donde muchos eran oriundos.

Sobre el tipo de alumnado también hay denominador común: que eran un montón, compartiendo aula sin distinciones de edades, franja que iba desde los seis o siete años y llegaba, con un poco de suerte, hasta los trece o catorce años. La vara de avellano era el instrumento habitual de castigo. Los golpes y collejas, el pan nuestro de cada día. «Por algo sería» es lo que les replicaban sus padres, si llegaban a enterarse.

El curso iba de septiembre a junio, aunque la mayoría no asistía con regularidad. La presencia dependía de las labores de casa y del campo, según la época del año. La mayoría de los niños debían echar una mano. Incluso había unos cuantos que nunca pudieron asistir a clases,



◀

Figuras 4.

Alumnos de la escuela de Columbiello con la maestra Rosa, 1943

(fuente: Gaudencio Tomillo. El concejo de Lena en el siglo xx. La sociedad en imágenes, 2012, p. 128).

porque empezaban muy pronto a trabajar en la madera, cuidando el ganado y hasta en la mina. Se pasaban muchas necesidades; las economías domésticas eran precarias, sobre todo, cuando no entraba ningún sueldo de la mina o de otro trabajo que no fuera el campo y el ganado; las familias eran demasiado numerosas, y los tiempos, malos. En algunos casos, algunos hermanos se sacrificaban sin ir a escuela, por que pudieran ir otros en su lugar. Los inviernos eran duros y costaba desplazarse a pie, sin buen calzado, mal arropados. De todos modos, tampoco se consideraban faltas de asistencia y ni siquiera se comunicaba a las familias para que las justificaran.

¿Qué se hacía a la hora del patio? Correr por el pueblo, jugar al escondite y, a veces, esconderse para llegar tarde a clase. También se jugaba al cascajo.

En clase, los escolares usaban pizarra y pizarrín. Se intercambiaban los pizarrines por castañas... La precariedad del material era otro obstáculo a la hora de enseñar y de aprender. Faltaba de todo y no había casi nada. Las libretas se consideraban un lujo y se cuidaban primorosamente, pues eran caras y escasas.

Para enseñar, bastaba con una enciclopedia, la *Enciclopedia de Grado Elemental*, valioso instrumento educativo para entonces, que cubría todas las asignaturas comunes: historia, geografía, ciencias naturales, aritmética, geometría, lengua y literatura y religión.

A partir de estos testimonios, y de otros por el estilo, se deduce que las escuelas (salvo excepciones ya mencionadas o que se citarán) no son mixtas —pasarán años hasta que así sea—, los chicos no estudiaban en la misma aula que las chicas. Tampoco coincidían en los recreos, dispuestos en horarios diferentes.

La experiencia de ir a escuela hay a quien le ilumina para siempre y a quien le espanta. Depende mucho del tipo de maestro/a que te tocara en suerte... Algunos/as dejaban un excelente recuerdo; otros, pasaban sin pena ni gloria, y los pésimos, hasta dejaban un trauma. Es una profesión

muy exigente y vocacional. En aquellas sociedades de antaño, todo era muy duro, estricto y severo, lo cual no exculpa la crueldad de ciertos métodos disciplinarios.

Reconozcámoslo: tampoco corrían vientos favorables para estos profesionales, desplazados, desubicados, malnutridos y peor alojados. Sin ninguna comodidad, sin alicientes. Contratados con sueldos míseros acordados por las familias, sin vacaciones pagadas, ni pagas extras, sin subsidios por bajas de enfermedad. Sin incentivos. Con escasos o nulos recursos. Y, como ya se dijo, sin apenas formación ni título. ¿Qué se podía esperar? Por fortuna, siempre había honrosas excepciones y son las que se recuerdan con admiración.

4.2. Las escuelas de Piñera y Los Pontones

En Piñera Baxo no había escuela y los críos de la parroquia debían caminar hasta Piñera Riba, recorriendo distancias de dos kilómetros de la ida y otro tanto de vuelta. Estaban algo hacinados en torno a cuatro mesas largas; algunos se sentaban en la solera de la clase. Las clases duraban tres horas por las mañanas y dos horas por las tardes. A los más pequeños, a la hora del recreo, les daban una taza de leche y un poco de queso. Los que tenían vacas recibían algo menos cantidad. Por culpa de la jornada partida, a los que vivían más lejos sus madres les traían un bocado, porque no les daba tiempo de ir y volver a sus casas para comer.

Luis, persona octogenaria y de gran clarividencia, alumno entonces de esa escuela, recuerda, sin embargo, que alguna de las maestras que tuvo sí permanecían en el puesto más de un curso y que eran maestras tituladas. En especial, se acuerda de doña Aurita y de doña Argentina.

En la escuela de Los Pontones había maestra y maestro. Eran matrimonio y vivían en el primer piso de la escuela, que era vivienda. Se llamaban Marina y Enrique y cultivaban fresas, fruta que los alumnos descubrieron maravillados, porque no la conocían.



Figuras 5.
Alumnas de la escuela de La Vega'l Ciigu.



Figuras 6.
Alumnos de la escuela de Fierros.

Figuras 7.
Padres y alumnos de la escuela de San Feliz, fundación de los marqueses de San Feliz (fuente: Gaudencio Tomillo. *El concejo de Lena en el siglo xx. La sociedad en imágenes*, 2012, p. 125).



4.3. La escuela de Zurea

La escuela de Zurea pudo construirse gracias a la donación de un terreno y la aportación económica realizada por doña Elisa Beltrán, una vecina acomodada que quiso contribuir a la educación en el pueblo. El edificio, que sigue en pie y que todavía sirve de escuela, estaba destinado a las niñas. Los chicos estudiaban en otro, en cuyo piso superior había vivienda para maestros. Durante años, había unos treinta chicos y treinta chicas, o incluso más.

4.4. La escuela de La Ilesia en Muñón

Mariano iba a la escuela de La Ilesia, en Muñón, donde vivía. Hablamos de los años entre 1947 y 1956 aproximadamente.

A la escuela de la Ilesia, parroquia de Muñón Cimiru, asistían niños y niñas de las aldeas del entorno: La Maramuniz, La Muela, El Trechuru, La Maerá, El Venceyal, Reconcos, La Culquera, Muñón Cimiru y La Ilesia.

La escuela siempre estuvo, y sigue estando, al lado de la iglesia y del cementerio. La planta baja era para los niños, unos sesenta de todas las edades, desde los cuatro años a los catorce o quince. Arriba, las niñas, que sumaban alrededor de cuarenta. Una maestra las atendía y, un maestro, a los niños. Eran titulados y, aunque buenos profesionales, cobraban poco. Uno de los que más tiempo se quedó es un tal Deotino, de Tineo. Estaba de pensión en la Maderada. Otra maestra, que también se quedó por años, se llamaba Pura. Como no era del concejo, alquilaba una habitación con derecho a cocina, en Los Fueyos.

Como en aquellos tiempos todavía no había carretera, los alumnos llegaban después de haber caminado un buen trecho, en muchos casos varios kilómetros; embarrados, de madreñas, algunos sin zapatillas. A mediodía, las madres les traían la comida porque las clases se retomaban de tarde.

El material escolar era poca cosa: la pizarra, el pizarrín y, muy de vez en cuando, una libreta, que había que procurar que durase mucho tiempo porque eran muy caras. Y, como libro, la enciclopedia, con todas las materias. El mismo maestro daba todas las asignaturas. También la religión. Para las comuniones impartía catecismo. A diario, al entrar en clase, se cantaba el *Cara al Sol*.

No había estufa. No se celebraban fiestas, ni Navidades ni Reyes. Tampoco la asistencia a clase era continua: en el momento en que la ayuda fuera necesaria en casa, por ejemplo, para *llindiar* las vacas (vigilar que el ganado no propasara los límites territoriales de las propiedades privadas o comunales), *espenar les ablanes* (recoger las avellanas) o cualquier otro menester. Todas esas eran justificaciones válidas para no ir a la escuela. No había ningún control de asistencia ni de

permanencia escolar. A la entrada, salida o en el recreo, a veces, algunos se peleaban y se pegaban fuerte.

4.5. Un mapamundi para San Feliz

Los alumnos de La Corrona iban a la escuela de San Feliz, donada por el propio marqués de San Feliz.

En los años 50 era una escuela mixta, para niñas y niños. La maestra, doña María Bayón, era una excelente profesional, que además de replicar el obligado método imperante en la época, introducía actividades novedosas. Por ejemplo, experimentos prácticos con animales y plantas del entorno natural. También ensayaban obritas de teatro y cultivaban un huerto en el terreno anexo a la escuela. Un día a la semana trabajaban el cálculo mental, la ortografía y la caligrafía.

Además, les mostraba fantásticas colecciones de objetos y curiosidades, aportadas por los marqueses, que residían habitualmente en Madrid. Novedades que les resultaban inimaginables. De manera excepcional, la escuela contaba con baños y lavabos. La maestra vivía en el piso superior del edificio.

Toño Pacheco fue a esta escuela hacia 1960. Dice que eran una treintena, todos juntos, guajas y guajes, aunque ellas vestían uniforme. Recuerda que tenían bastante material. ¡Hasta un mapamundi!

4.6. Una experiencia más reciente de Villayana

Ana Alcoba trabajó en la escuela de Villayana desde el curso 1989-90 hasta 2005, cuando se cerró. Al principio, su alumnado llegaba desde estos otros pueblos donde sus escuelas ya habían sido clausuradas: Muñón Cimirus, Muñón Fondirus; Palacio, Felgueras, Vega'l Ciigu, Vega'l Rei, Piedracea, Villayana. Luego, se anexionó Carabanzo.

Había dos aulas: la suya, de Educación Infantil, con veinte niñas y niños, y el aula de Educación Primaria, con unos cincuenta alumnos de todas las edades y ambos sexos. Más tarde se amplían a cuatro aulas, repartidas en

distintos edificios del pueblo: dos en la propia escuela, la tercera en el espacio de la actual biblioteca y la cuarta en los bajos del actual centro de salud.

Las reuniones de claustro se celebraban en la escuela de San Feliz y, después, en la escuela de La Vega'l Ciigu. Había cuatro tutores y ya se impartían todas las especialidades. Aunque al principio faltaban recursos materiales, enseguida se empezó a notar cierta mejoría, un significativo cambio como parte de una reforma orientada en mejorar la calidad educativa en zonas rurales. Innovar, reorganizar, optimizar recursos y, sobre todo, mayor atención a la diversidad. Se dotó de ordenadores.

A medida que disminuía la natalidad, poco a poco se fueron cerrando aulas, quedando solo La Vega'l Ciigu y Villayana. Los alumnos se reasignaron en los colegios públicos de la villa: el Jesús Neira y el Vital Aza. Al final, solo quedan los niños de Villayana. Después, ya ninguno. «De estas escuelas, lo mejor era el contacto directo con las familias. Sin duda. Eran muy participativas y su relación con todo el profesorado, muy cercana. Gracias a su colaboración, se celebraban muchas actividades en festividades navideñas, carnavales, *amagüestu*. Con regularidad, se organizaban comidas entre las asociaciones, las familias y el centro escolar, afianzando vínculos intergeneracionales y creando comunidad. Todo esto beneficiaba al rendimiento escolar. Conservo un recuerdo fantástico de todo aquello» dice Ana.

Mucho antes, en Villayana hubo hasta dos escuelas. Una, la del Patronato de Hullera, para hijos de los mineros, en un edificio que ya no existe; otra, la Escuela Nacional, parte del escenario que relata Ana Alcoba y hoy sede de la biblioteca. Don Sabino fue maestro en la pública. La mayoría iba a clase hasta los diez años o poco más. Alguien me contó la tremenda anécdota de cuando una maestra le tiró de una oreja a una alumna, rasgándosela, por no saberse la lección de geografía sobre los cabos. Sin duda, eran otros tiempos...

5. HABLA UN MAESTRO, TOÑO RODRÍGUEZ

Antonio también fue maestro en la escuela de Zurea, su pueblo natal y adonde solicitó traslado en 1972.

¿Cuántos alumnos/as tenías a tu cargo y de qué edades?

Cuando comencé en Zurea había una matrícula de 35 o 36 alumnos/as, repartidos en dos aulas, ya que las escuelas eran unitarias (las aulas todavía estaban separadas por sexos). Abarcaban a todos los niños/as comprendidos en la edad escolar de entonces, desde los 6 a los 14 años.

¿Cuál era el horario?

La jornada estaba dividida en sesiones de mañana y tarde, de tres y dos horas respectivamente.

Me parece que fuisteis María Ángeles Neira y tú los primeros en unificar en una misma escuela a niñas y niños. ¿Cómo se aceptó tal novedad?

Las circunstancias hicieron que coincidiera en el mismo destino y curso con María Ángeles Neira, cuya trayectoria

como educadora en Asturias es sobradamente conocida, primero como maestra y luego como Inspectora de Educación.

En la primera entrevista que mantuvimos lo tuvimos claro: había que optimizar los recursos y coordinar nuestro trabajo. Decidimos crear dos grupos mixtos, uno desde 5º a 8º de EGB (Educación General Básica) y otro de 1º a 4º, equilibrados en número de alumnos. Nos repartimos las áreas de aprendizaje, teniendo en cuenta preferencias e idoneidades, cuadrando los horarios, para que fuesen continuados en sesiones de mañana y tarde (tres y dos horas, con un recreo matinal de 30 minutos).

No recuerdo que existiese resistencia alguna por parte de las familias y del alumnado a la nueva organización, sino todo lo contrario: siempre nos sentimos apoyados en esta iniciativa. Lógicamente, realizamos varias reuniones previas en las que sopesamos las ventajas de esta medida en cuanto a la mejora de la atención al alumnado y a la mejora de la calidad que conlleva una coordinación eficiente entre profesionales que persiguen un mismo fin. Inspección Educativa nos dio el visto bueno.



Al no haber especialistas, vosotros mismos debíais impartir todas las materias, ¿cómo lo organizabais? ¿Se impartía religión?

No existía la figura de los especialistas en aquellos años. Para ningún área. El único especialista era el señor cura de la parroquia, don Amador, que pasaba los jueves por la tarde, durante un espacio de tiempo de catequesis, no excesivamente largo.

La educación física la realizábamos en el patio, preparando las zonas ajardinadas o plantando o trasplantando semilleros de claveles turcos y en los juegos del recreo.

A partir del segundo curso en Zurea organizamos un grupo infantil de baile regional, acompañado de castañuelas, panderos y canciones tradicionales con el que llegamos a

desplazarnos hasta Barcarrota (Badajoz), invitados por su diputación provincial. Era una forma de desarrollar el sentido del ritmo, el oído musical, las tradiciones locales, el desarrollo físico... Y lo que conlleva viajar y conocer nuevas gentes y culturas. Fue un viaje agotador, por aquellas carreteras de la Ruta de la Plata de entonces, pero una experiencia inolvidable.

Los aspectos metodológicos, contenidos, actividades, evaluación: ¿os llegaban desde el Ministerio de Educación, puesto que en esa época no había competencias autonómicas? ¿Había inspectores en aquellos años?

La Ley General de Educación de 1970 encuadraba las metodologías, los contenidos, los tipos de actividades y el tipo de evaluaciones a desarrollar a lo largo de la EGB. En nuestro primer destino sufrimos un proceso de evolución a lo largo de los primeros cuatro años de actividad, ya que nuestra formación se fundamentaba en un modelo tradicional que traíamos de nuestra formación académica, basada en un modelo educativo conductista.

El cambio se produjo hacia un modelo de pedagogía activa y globalizadora, con contenidos integrados, contextualizados en el ambiente rural y adaptados al desarrollo infantil, a través de actividades lúdicas y experimentales relacionadas con los intereses del alumno. Acabamos integrándonos de alguna forma en los principios pedagógicos de la Escuela Nueva, una enseñanza centrada en el alumno, activa, personalizada y democrática, con metodologías que priorizaban la experiencia, la colaboración y la formación integral frente a la memorización y la disciplina rígida de la escuela tradicional. Fueron años muy enriquecedores. En Zurea coincidieron con nosotros dos inspectores de Educación: Concepción Lobera y Silvino Lantero. Ambos nos animaron siempre a seguir adelante con nuestros proyectos y nunca presentaron dificultades a nuestras propuestas. Es más, colaboramos con ellos en distintos trabajos y proyectos.

Me consta que fuisteis pioneros en muchos aspectos y que innovasteis actividades, ¿podrías comentarme las más relevantes?

Aparte del clima escolar y de la implicación de profesores y alumnado en el desarrollo de la vida diaria del centro, tal vez lo más significativo para aquellos años fue que prescindimos del libro de texto como tal y nuestro programa se desarrollaba en base a unas unidades didácticas programadas con aspectos comunes para los distintos niveles, relacionadas con el entorno donde se desarrollaba la vida del alumno, organizando experiencias y salidas al medio que les resultasen enriquecedoras. Tal vez resultara curioso para aquel tiempo el que utilizáramos materiales manipulativos poco comunes, como las «Regletas de Cuisenaire» y los «Bloques Lógicos», para el aprendizaje de variados conceptos básicos matemáticos y el desarrollo



Figuras 9 y 10.

Alumnos y alumnas de la escuela de Zurea, en una salida con Toño..



del pensamiento lógico, etc. Comenzamos a promover actividades creativas en el lenguaje basadas en el «Texto libre» de Freinet, fomentando la creatividad, la expresión escrita, la autonomía y la cooperación entre el alumnado.

Comparando con la etapa siguiente en tu experiencia como docente, ¿notaste mucha diferencia entre enseñar a alumnos de zona rural con los de la escuela de Pola de Lena?

He de reconocer que mi experiencia en la escuela de Zurea ha sido fundamental en mi vida profesional, a pesar de haberla desarrollado durante tan solo seis años. Tanto el alumnado, como las familias con las que trabajé han marcado en mi vida personal una huella indeleble. Evidentemente mis circunstancias personales —soy originario de Zurea—, algo ayudaron.

Pero tampoco tengo queja del ambiente escolar que me tocó vivir durante los treinta y un años siguientes. Aunque Pola de Lena tiene un ambiente que supera lo rural, me ha tocado convivir con muchas familias y alumnado de esa procedencia y todos, sean urbanos o rurales, pueden

entusiasmarse con aquello que el docente les propone de manera adecuada.

¿Cuál era el comportamiento de unos y otros, tanto en clase como con vosotros, enseñantes? ¿Cómo era la relación con las familias? ¿Eran colaboradoras, se implicaban o simplemente apoyaban vuestras decisiones, sin cuestionarlas?

Salvo situaciones muy puntuales, la inmensa mayor parte del alumnado era respetuosa con el profesorado, y el clima de las aulas solía ser siempre agradable. Y, si no lo era puntualmente, podría ser que la responsabilidad no recayera siempre en el alumnado.

En cuanto a las familias he de decir que, aunque tal vez estén cambiando las tendencias, mi época fue de implicación materna, salvo contadas excepciones. Pues he conocido a madres de alumnado que han sido un motor para la vida de los centros en los que me ha tocado desarrollar mi vida profesional. Y frecuentemente se han visto compensadas por una evolución muy positiva de sus hijos o hijas. Les mereció la pena implicarse en la vida escolar de su familia.

6. ¿BORRÓN Y CUENTA NUEVA?

Casi la totalidad de pueblos del concejo de Lena ya no cuentan actualmente con escuela. Población envejecida, aldeas despobladas, baja natalidad, éxodo a los centros urbanos próximos y emigración al exterior, todos estos factores abocan inevitablemente al cierre de la mayoría de nuestras escuelas rurales. A fecha de hoy, tan solo queda actividad docente en el dinámico CRA de Campumanes y en la ya citada escuela de Zurea (de momento, con siete alumnos/as, número que se prevé aumente). En este escenario, algunos de los edificios que antes fueron escuelas han sido reutilizados como espacios para asociaciones vecinales, bibliotecas, centros sociales, etc., pero otros se encuentran semiderruidos.

¿Qué les depara el futuro a las escuelas rurales de Lena?
¿Qué pasará con estas humildes construcciones que con

tanto esfuerzo consiguieron edificar nuestros padres, abuelos o bisabuelos? ¿Ruinas y ortigales ahí donde nuestros antepasados aprendieron las cuatro letras? No se sabe... Bueno sería conservar al menos sus estructuras arquitectónicas, antes de que se las coma la maleza.

No obstante, ahora que ya sabemos algo más acerca de lo imprevisible que es el mundo, tan vulnerable y cambiante, quizás conviene no descuidar nuestras escuelas rurales, dispersas y abandonadas. Si acaso, analizar: ¿Cuántas son?, ¿dónde están?, ¿en qué estado se encuentran?, ¿a quienes pertenecen?, ¿cuál es su uso actual, si lo hay? A partir de tales indagaciones, elaborar proyectos con ideas sobre cómo revitalizar estos espacios, ¿por qué no?

POLÍTICAS EDITORIALES**Enfoque y alcance.**

Vindonnus. Revista de patrimonio cultural de Lena es una publicación anual que recoge artículos originales procedentes de diversas disciplinas, relacionados con el patrimonio cultural y con el paisaje cultural y natural del concejo de Lena. La revista tiene como finalidad fomentar la investigación multidisciplinar del patrimonio, entendido en toda su amplitud semántica, así como promover el interés por estas cuestiones entre un público amplio y diverso.

La revista se estructura en dos secciones claramente diferenciadas:

A) Artículos: Textos de investigación y divulgación elaborados por investigadores y profesionales expertos en sus respectivos ámbitos de conocimiento.

B) Na Corexa: Textos no científicos relacionados con la tradición popular (folklore, gastronomía, mitología, etc.) y, eventualmente, otras informaciones de interés cultural local, tales como entrevistas, actualidad de asociaciones y entidades culturales, publicaciones o exposiciones.

Proceso de evaluación

Los trabajos recibidos serán revisados en primera instancia por el Consejo de Redacción, el cual podrá requerir al autor su modificación, para continuar el proceso de revisión, o bien rechazar aquellos textos que no se ajusten a la política editorial. Posteriormente, todos los originales recibidos serán evaluados por miembros del Comité Científico u otros revisores externos mediante el sistema de revisión por pares. Las sugerencias se enviarán a los autores para que realicen las modificaciones pertinentes.

Frecuencia de publicación

Con carácter general, la revista tiene periodicidad anual, de forma excepcional bienal.

Política de acceso abierto

Los contenidos se ofrecen en línea, en la página web de la asociación Vindonnus: <https://asociacionvindonnus.com/revista-vindonnus/> tras la distribución de los ejemplares impresos. Esta revista proporciona sus contenidos en acceso abierto y a texto completo, bajo el principio de que permitir el acceso libre a los resultados de la investigación repercute en un mayor intercambio del conocimiento a nivel global.

Indexación

Base de datos: Dialnet, Latindex, reBIUN

EQUIPO EDITORIAL**Dirección:**

David Ordóñez Castañón. *Universidad de Sevilla*

Consejo de redacción:

Xulio Concepción Suárez; *Real Instituto de Estudios Asturianos*

María del Carmen Prieto González; *IES Pérez de Ayala*

Luis Simón Albalá Álvarez; *Investigador independiente*

Alberto Fernández González; *Biblioteca Pública de Lena «Ramón Menéndez Pidal»*

Comité científico asesor:

Santiago Sánchez Beitia; *Profesor Titular de Física Aplicada I Universidad del País Vasco UPV/EHU*

Carmen García García; *Profesora Titular de Historia*

Contemporánea; *Universidad de Oviedo*

Santiago Fortuño Llorens; *Catedrático de Literatura Española; Universidad Jaume I de Castellón*

Luis Santos Ganges; *Profesor de Urbanística y Ordenación del Territorio, Universidad de Valladolid*

Juan Calatrava Escobar; *Catedrático de Composición*

Arquitectónica, *Universidad de Granada*

Ramón de Andrés Díaz; *Profesor Titular de Filología Española y Asturiana, Universidad de Oviedo*

Carmen Oliva Menéndez Martínez; *Ex-profesora en la ETSA de la Universidad Politécnica de Madrid*

Adolfo García Martínez; *Antropólogo; Real Instituto de Estudios Asturianos / UNED*

Luis Manuel Jerez Darias; *Escuela Universitaria de Turismo Iriarte (adscrita a la Universidad de La Laguna)*

Michael M. Brescia; *Head of Research & Associate Curator of Ethnohistory, Arizona State Museum (University of Arizona), EE.UU.*

Miembros colaboradores:

Luis Núñez Delgado, Aurelia Villar Álvarez, Isabel Rodríguez Suárez, María Dolores Martínez García, Miguel Infanzón González, Asociación Asturcentral, Asociación Flash Lena.

ENVÍOS

Las instrucciones de envío y directrices detalladas para autores pueden consultarse en: <https://asociacionvindonnus.com/envios/>

- Sólo se aceptarán trabajos originales que no hayan sido publicados anteriormente en otras publicaciones.
- Las lenguas principales son el castellano y el asturiano.
- La extensión máxima de los originales será, por norma general, de 30.000 caracteres (con espacios, incluyendo títulos, notas y referencias). Se recomienda una extensión de entre 10 y 14 páginas, incluyendo imágenes, gráficos y tablas. El formato será A4, márgenes normales (3 cm). El corpus principal del texto irá en letra Garamond 11, interlineado 1,15. Aproximadamente el 30% de la extensión del artículo corresponderá a figuras.
- Al comienzo del artículo se debe incluir un resumen (máximo 10 líneas) en el idioma original del trabajo y en inglés. Asimismo, se incluirán entre 3 y 5 palabras claves, en el idioma original del trabajo y en inglés.
- Para la elaboración de las referencias bibliográficas se seguirá, preferentemente, el Estilo Chicago para Humanidades y, excepcionalmente, el Estilo Chicago para las Ciencias Físicas, Naturales y Sociales; empleando, respectivamente, notas a pie de páginas y referencias insertas en el texto.
- Las imágenes se incluirán en el texto en formato comprimido con su respectivo pie de foto; y también se enviarán en archivos aparte, con la máxima calidad, en formato JPG, TIFF o PNG.
- El Consejo de Redacción se encargará de realizar las correcciones ortotipográficas y de estilo de los trabajos que se publiquen, comprometiéndose su autor a realizar las modificaciones en un plazo de tiempo razonable.

Cada artículo se enviará en formato WORD y PDF, junto con la autorización de publicación al e-mail: asociacionvindonnus@gmail.com. Las imágenes pueden enviarse por sistemas telemáticos alternativos.

FINANCIACIÓN

Esta publicación ha contado con ayudas concedidas por el Gobierno del Principado de Asturias, a través de la *Convocatoria de subvenciones para la difusión, estudio y fomento del valor del patrimonio cultural asturiano (2025)*, y por el *Conceyu de Lena, a través de la Convocatoria de subvenciones para asociaciones culturales (2025)*.

CONTACTO

Asociación Vindonnus.

Grupo de estudio del patrimonio cultural de Lena

Dirección postal: Plaza Alfonso X El Sabio, 7 – 2ª planta 33630 – La Pola (Lena), Asturias, España

Web: <https://asociacionvindonnus.com/revista-vindonnus/>

Email: asociacionvindonnus@gmail.com

Teléfono: 611 093 156

DATOS EDITORIALES

Edita: Asociación Vindonnus. Grupo de estudio del patrimonio cultural de Lena

Lugar de edición: La Pola (Lena), Asturias, España.

Diseño y maquetación: ÁREANORTE

Imprime: Gráficas Summa

Depósito legal: AS-01181-2017

ISSN: 2530-8769

e-ISSN: 2695-3714

Licencia: Creative Commons (CC BY-NC-ND 4.0)

Diciembre de 2025.

Tirada: 600 ejemplares



**Principáu
d'Asturies**

Consejería de Cultura,
Política Llingüística y
Deporte



Conciyu Llenu